
NUESTRA SEÑORA DE LA CARIDAD.

Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis.

Nadie tiene amor más grande, que el que da su vida por sus amigos.

(JOAN, XV, 13.)

La caridad, cuyo objeto primario es el amor hácia Dios, nos reclama igualmente el amor para con el prójimo; y estos dos preceptos, claramente declarados en la ley, van tan íntimamente ligados entre sí, unidos y estrechados con tan indisoluble vínculo, que no pueden romperse de ninguna manera. En efecto; el amor á Dios es el que despierta en nosotros el amor al prójimo, en quien el mismo Dios se dignó imprimir su imágen, y del cual quiso formar el grato argumento de sus más tiernas complacencias; y el amor al prójimo es el que despierta en nosotros el amor á Dios, puesto que precisamente en Dios, con Dios y por Dios se ve en el prójimo una multitud de hermanos, hijos de un mismo Padre, herederos de un mismo reino, y para la misma vocacion.

Y esta caridad encendió vivas llamas en María. Alma tiernamente enamorada de Dios, María, aunque constituida reina de los Ángeles, es siempre nuestra hermana, nuestra amiga, nuestra abogada y nuestra madre. Ella se vale de su imperio en provecho de sus hermanos pobres engendrados en la morada del dolor, y solo se sirve de su autoridad para protegerlos y consolarlos. Encerrando en su corazon una inmensa caridad para con todos los mortales, tiene de continuo fijos los ojos sobre ellos; y no hay momento en que les olvide, ni gracia que no sea solícita en concederles. Y no creais que muestre tanta solícitud solamente desde que está sentada sobre el más alto trono de los Cielos; aún miéntras vivía en la peregrinacion de este destierro, y ántes de ser coronada Emperatriz del Paraiso, María mos-

tró cuán afectuoso sentimiento la impelia en bien de la mísera humanidad. En verdad, sabemos que el día en que se le anunció la divina maternidad, si bien no ignoraba el mar de dolores á que debía conducirla su consentimiento, no obstante, valerosa y magnánima, condescendió por su parte á aquella obra, por la cual debía ser acerbamente aflijida, á fin de concurrir con todas sus fuerzas á la salvacion del mundo.

Por este motivo nuestros antepasados, como prenda de agradecimiento á un tal amor de María, dieron en llamarla: Nuestra Señora de la Caridad; y es por la misma razon que nosotros la saludamos hoy bajo esta advocacion. Ni yo sabría como hablaros mejor de ella, que mostrándoos cuan bella fué esta virtud en María. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

Puesto que la caridad no es un más que un solo fuego, que, por una parte, nos impele hácia Dios, y por otra hácia el prójimo, si deseamos formarnos una idea del grado á que alcanzó la ardiente caridad de María para con sus hermanos, procuremos ántes penetrarnos de cuan viva fué su caridad para con Dios; y como que esto es imposible, debemos concluir, que cualesquiera que fuesen los argumentos y los conceptos que empleáremos, jamás podríamos llegar á comprender hasta qué punto haya sido ardiente y activo, pronto y eficaz este fuego de caridad en María.

Dos hechos sacados del Evangelio, hermanos míos, y de los cuales hacen especial mencion los Evangelistas, nos servirán, en algun modo, para penetrar en medio de las sagradas llamas de este incendio; el primero es la visitacion de María á Elisabeth; y el segundo la conducta de María en las bodas de Caná de Galilea. Yo me limitaré á explicároslos tales como se refieren, y quiero creer que bastarán para convenceros, sin ninguna clase de duda, acerca de la verdad objeto de nuestra consideracion.

Por lo que mira á Elisabeth, el Evangelio empieza la relacion diciéndo, que María partió: *exurgens María* (1). ¿Y por qué motivo se puso en camino esta beatísima Virgen? Observad el tiempo en que, abandonando el plácido silencio de su morada, salió de casa, y tendreis la primera prueba de una extraordinaria caridad. En efecto, despues que el Ángel del Señor hubo anunciado á María el misterio de su maternidad divina y descendido el eterno Verbo de Dios, una

(1) LUC., I.

vez pronunciado por Ella el suspirado *fiat*, se levantó: *Exurgens*. Abandonó la amada contemplacion de las muchas gracias con que el Omnipotente la había adornado, de los privilegios que la distinguían inmensamente entre todos los mortales, y de la suprema gloria á que había sido elevada. Sin duda María había rogado mucho para la venida del prometido Emanuel; mucho había suspirado por la venida del libertador; y miéntras que este Emanuel se ha hecho hijo suyo, y este libertador está encerrado en sus entrañas, Ella siente de tal manera la caridad, que la induce en provecho de las demás á desprenderse de esos pensamientos de grandeza, de gloria y de alegría: *Exurgens Maria*.

Vedla, pues, puesta en camino; mas no por curiosidad y orgullo: por complacencia de dejarse ver, ni por deseo de conversar: una idea más santa la impulsa á abandonar el sosiego de su casa, un pensamiento más generoso la guía. Quiere compartir con su familia todo el bien posible, desea asistir á su prima y derramar beneficios á sus deudos. Bondadosa y tierna por naturaleza, suspira por comunicar á sus parientes aquella santificacion y aquellas gracias celestiales, que, como manantiales perennes de agua viva, rebozan de su alma, por encerrar en sus immaculadas entrañas al Criador del Universo. Así, pues, nada es capaz de detenerla; ni el ser una virgen de quince mayos, ni el encerrar el Infante divino en su seno; ni el camino desierto y escabroso que debe atravesar para llegar á la humilde morada de Zacarías. No la intimida la consideracion de que es preciso atravesar una gran parte de la Judea y de la enemiga Samaria; no se acobarda á la idea de que aquellos países son ásperos é interrumpidos por montes, torrentes y desiertos; no se detiene delante de aquellas sendas, y quebradas rocas que exponen á los viandantes á fatales caidas. Ella corre, anda solícita y presurosa. Fué, pues, la caridad, la virtud que la movió á este viaje tan rudo y largo; así como fué la caridad, la virtud que la sacó de la amada soledad y de la sagrada meditacion que constituían sus delicias y su gozo. *Exurgens Maria abiit in montana cum festinatione*. Y reflexionad, hermanos míos, que en toda su vida es esta la primera y única vez, en que se ve tanta prontitud en María. Ella se opone directamente á la quietud, á la calma y á la tranquilidad de su carácter virginal. ¿Por qué María en ninguna otra ocasion corrió sinó en esta? Porque en otras ocasiones se trataba de sí misma, de sus gracias, de sus glorias y de su grandeza; pero en ésta se trata de asistir, de aliviar y de hacer bien al prójimo; y la caridad, que segun dice San Ambrosio, no admite

dilaciones ni tardanzas, la obliga á abandonar el silencio del hogar palpitante y presurosa: *Abiit in montana cum festinatione*.

Más aún: otra prueba para conocer en este hecho la grandeza de la caridad de María, es la casa misma donde se dirige. ¿Es, acaso, el alcázar de Jerusalén que la aguarda, ó es el palacio real de Judá para dar asilo á la Virgen de Sion? ¿Es tal vez hácia un trono donde se dirige la Reina de los Ángeles, ó es una compañía de reinas, en medio de las cuales debe sentirse la Madre del Hombre-Dios? ¡Ah! no; la casa hácia donde corre María es el humilde albergue de dos ancianos; y Ella, tan grande, tan elevada y divina, solo será recibida por Elisabeth y Zacarías. Pero, ¿qué digo recibida? ¿No es María que por primera vez vá á esta casa? ¿No es María la que visita primero á Elisabeth? Notadlo bien; es la Reina que dá los primeros pasos hácia la esclava; es la Madre del Hijo de Dios, que se humilla hasta servir á la madre del hijo de Zacarías; es la Soberana de los serafines, que descende hasta colocarse en el rango de una criada; es la Dominadora del mundo, que, como si estuviese constituida en el último lugar, se pone á asistir una mujer, que poco ántes era llamada con una expresion de ignominia, puesto que Elisabeth era llamada la *estéril*.

Siendo así, ¿qué más quisierais para decir, que verdaderamente fué grande, magnánima, extraordinaria y heroica la caridad de María?

Y lo mismo puede observarse igualmente en las bodas de Caná de Galilea. Efectivamente; celebrábase la fiesta de este sponsalicio, al cual había sido invitada María con Jesús y sus discípulos; mas hé aquí que falta vino. ¿Qué hace María? ¿Era posible que la Madre de Jesús dejase en este caso de mostrarse compasiva? ¿Qué podía salir del manantial de las misericordias sinó misericordia? Ella, en semejantes casos imprevistos de la vida doméstica, saca del compromiso á los esposos, y remedia una falta que podían tomar á mal los convidados. Así, pues, compadecida de esta situacion, acude al poder y á la bondad de su divino Hijo, á quien dijo: *¡No tienen vino!*

Notad como en este hecho resplandece una piadosa y magnífica caridad. En medio de tanta gente nadie había notado la falta del vino; los mismos esposos nada preveían de lo que dentro poco hubiera malogrado su fiesta. María, empero, preve lo que va á suceder; y miéntras que los circunstantes solo piensan en divertirse, Ella ocúpase en impedir que ninguna nube enturbie aquella alegría inocente. No es que se rinda al deseo de los esposos, sinó que lo previene; no aguarda que se la advierta de la necesidad, sinó que es la primera

en acordarse de ella; no es necesario que la rueguen, sinó que procura por sí sola impedir aquella desagradable inconveniencia.

Las mismas palabras de María demuestran en Ella una profunda y sensible caridad. *No tienen vino*, dijo á su Hijo. Ahora bien; estas palabras no son dictadas por la soberbia, la presuncion ó la vanidad, que desee, haciendo que se verifique el milagro, manifestar su grandeza y recibir las congratulaciones y los homenajes de los invitados á aquellas bodas. Las palabras: *no tienen vino*, no son un mandato, no son una súplica, no son siquiera la expresion de la propia voluntad, sinó la mera exposicion de una necesidad. Ella habla solamente con el Hijo y los criados; al Hijo le informa de lo que hace falta, y á los criados les dice tan solo que obedezcan á su Hijo; y cuando, verificado el prodigio, quedan maravillados los criados, se regocijan los convidados, y es glorificado Jesús, María guarda silencio.

Despues de este acto, ¿qué más quisierais, hermanos míos? ¿No os dán estos dos hechos del Evangelio la más sublime idea de la grandeza y de la caridad de María? Examinad todo cuanto el Apóstol nos dejó escrito sobre la caridad, y vereis, lo mismo en la visita hecha á Elisabeth como en las bodas de Caná, que se nos manifiesta por María. La caridad es paciente, y María lo fué sometiéndose con alegría á los peligros, á los trabajos y á las incomodidades de la peregrinacion emprendida, para trasladarse á través de los montes de la Judea hasta Hebron, donde se hallaba la casa de Zacarías; y no dejó de ser paciente cuando en las bodas de Caná Jesús contestó á sus palabras: *Mujer, qué hay de comun entre tí y mí!*

La caridad no es soberbia; ¿y en qué alma se admiró más que en María la virtud contraria á la soberbia? Habeis oido, hermanos míos, que olvidada de su grandeza, de su dignidad, de su gloria y de todo cuanto la sublimaba sobre los hombres y los ángeles, fué solícita en ir, no solo á visitar, lo cual era ya mucho, sinó tambien en servir á Elisabeth; y no podemos ménos de admirarnos de la humildad con que se dirigió á su Hijo, cuando en el expresado convite queria ver los efectos de su omnipotencia.

La caridad no es ambiciosa. ¿Y acaso mostróse ambiciosa María, cuando al alabarla Elisabeth, prorumpió en aquel sublime cántico, en que llena de reconocimiento daba gracias á Dios por los beneficios recibidos, y llena de obsequio, refería todas las alabanzas á la gloria del Señor? ¿Por ventura dejóse ver ambiciosa en Caná cuando, humilde y modesta, sin dar á conocer quién era y cuanto podía, rogó al Hijo que obrase un milagro?

La caridad es benigna; y María, en los dos hechos referidos, mostró una benignidad sublime y singular; la caridad no busca las cosas propias, y María olvida sus comodidades, sus ventajas y su estado, para atender presurosa al bien de sus hermanos; la caridad cree, y María no solo cree, sinó que hace que crean tambien los demás; la caridad espera, y la llama de la esperanza de María es tan viva, que la comunica á los otros corazones; la caridad no es pernicioso, y María hace bien á todos; la caridad... ¡Oh caridad, caridad! bella hija de Dios, regocijate ahora de este tu milagro, porque en verdad, á excepcion de Jesucristo, ningun otro corazon fué tan abrasado de tus ardores y férvidamente enamorado de tus atractivos.

No obstante, ni aún con lo dicho hasta aquí, queda dicho todo. En efecto, la caridad puede ser mayor ó menor segun que sea más ó ménos intensa, más ó ménos eficaz, más ó ménos permanente. Tambien estas otras tres prerogativas podemos considerar en la caridad de María, que fué muy intensa, eficaz y permanente.

En primer lugar, fué intensísima. Cuando el Señor promulgó el precepto de la caridad para con el prójimo, no fijó ningun límite al amor que queria despertar en nosotros en bien de los demás; ó si fijó algun límite, solo fué, si puedo expresarme así, un límite infinito. Mi precepto, dijo, es este: que os ameis los unos á los otros como yo os he amado. *«Hoc est præceptum meum, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos (1).»* Con cuyas inesperadas, nunca oídas y maravillosas palabras quiere que amemos á nuestro prójimo, sinó con una caridad igual á la que Él mostró para con nosotros, lo que es imposible siendo su caridad infinita, á lo ménos con una caridad que se asemeje todo lo posible á la suya. No cabe duda, pues, de que María cumplió de un modo perfectísimo el precepto de la caridad para con el prójimo. Vosotros, por consiguiente, debeis amarle con aquella misma proporcion, con la cual era Ella amada de Dios. Ella era amada de Dios más que todas las criaturas juntamente unidas, y, por lo mismo, su caridad para con el prójimo, debiendo corresponder á la caridad con que era amada, debió de ser casi inmensa, puesto que con inmensa caridad la amaba Dios. Por lo tanto, María, cumplió en todas sus partes el precepto: *ut diligatis invicem, sicut dilexi vos*; y por eso su caridad fué intensísima.

En segundo lugar, fué muy eficaz. No hablaré aquí de cómo se portó María con Elisabeth, ó de lo que practicó en las bodas de Caná;

(1) JOANN. XV, 22.

tampoco referiré los otros muchos actos de caridad que practicó durante su vida mortal. Me place más bien ocuparme de la eficacia de su caridad por lo que esta virtud tiene de más sublime según el Salvador.

Dice Jesucristo en el Evangelio, que no hay amor que supere al de aquel que muere víctima del amor; que no hay caridad mayor que aquella que ofrece la propia vida en bien del prójimo (1). ¿Acaso no llegó á este grado la caridad de María? Por nosotros consintió en la pasión de su Hijo, que era su misma vida; por nuestro amor vióle escarnecido y clavado en la cruz; por nosotros quiso sufrir en el corazón los más terribles dolores, los más cruentos suplicios; y concurre con su consentimiento á convertir su vida en una continua muerte por nuestro amor. Ciertamente que no deseaba María la muerte de su amantísimo Hijo; pero más que la vida del Hijo quería la salvación del género humano. Por consiguiente, así como el Apóstol decía de Dios Padre, que por nuestra Redención no perdonó la vida al propio Hijo, sino que lo entregó á la pasión y á la muerte; lo mismo puede decirse de María: *Propio Filio non pepersit, sed pro nobis omnibus tradidit illum* (2). Ahora bien, amados hermanos; si la prueba más bella, más grande, más sublime y verdadera de la caridad es sacrificarlo todo por la persona amada, y si María hizo precisamente este sacrificio, ¿quién podrá hallar reparo en decir, que la caridad de María fué eficazísima para con nosotros?

Finalmente, fué muy permanente. La inconstancia es propia del amor de los hombres. En este mundo todo pasa y todo fenece; pasan los afectos, concluyen las amistades. No puede decirse lo mismo de María. Su caridad para con el prójimo era hermana de su caridad para con Dios, y así como fué de una constancia heroica su caridad para con Dios, también fué de una constancia heroica su caridad para con el prójimo. El Evangelio, que entre todas las demás virtudes de la Virgen ama mostrar su modestia, su silencio, su soledad, no nos cuenta los innumerables actos de caridad que continuamente practicó; pero, no por esto nos es lícito ponerlos en duda. ¿Por ventura podía dejar de estar llena de caridad para con el prójimo, la que tenía continuamente delante á aquel misericordioso Dios, que quiso nacer de Ella vestido de carne humana para la salvación del mundo? ¿Podía menos de sentir continuos afectos de caridad á favor

(1) JOANN. XV, 13.

(2) ROM. VIII, 32.

de sus hermanos, viendo tantas pruebas continuas de caridad por parte de Aquel, que precisamente por caridad había querido constituirse primogénito entre muchos hermanos? ¿Podía dejar de obrar de continuo por el bien del prójimo, habiendo adoptado por hijos suyos á todos los hombres?

Es verdad que María no hallaba siempre en el prójimo cualidades á propósito para excitar su amor, que no recibía siempre la debida correspondencia, y que, por el contrario, muchas veces era correspondida con ingratitud; pero todo esto no debía ser obstáculo á su amor. Las tumultuosas olas de la perfidia y malicia humanas no llegaron á extinguir en su corazón el incendio que en él había encendido la caridad. Y dió de ello la más elocuente prueba, cuando, á pesar de prever cuán malamente corresponderían los hombres á la sangre derramada y á las penas que sufría por ellos; sin embargo, permaneció inmóvil y valerosa, resignada y magnánima al pie de la Cruz. Por cierto que no hubiera podido hacer más, aunque hubiese encontrado en sus hijos adoptivos la gratitud y el reconocimiento más perfecto; y por lo mismo que hizo más de lo que debía para hombres ingratos, debemos concluir, que fué verdaderamente muy firme y constante su afectuosa caridad.

¡Ojalá, amados hermanos, tuviese yo tanta fuerza y tanta gracia que acertase á presentaros ó describiros al natural su corazón! ¿Qué no hallaríamos en él de tierno y amoroso? La vierais siempre pronta á favorecernos, vigilar nuestros pasos, oír nuestras súplicas, custodiar nuestra vida, y procurar por todos los medios nuestra salvación. La vierais siempre fijar sus misericordiosos ojos en los que vivimos en la morada de la prueba, y que, pobres viandantes, nos extraviaríamos en el desierto de la vida si su amor dejase de vigilarnos. La vierais con un corazón más tierno que el de todas las madres, ocuparse incesantemente de la obra que debe conducir nuestras almas al término del viaje, é introducirle en los eternos tabernáculos del Señor. Entónces no os cabría duda alguna acerca de la intensidad, eficacia y estabilidad del amor caritativo de María, y podríais decir que éste es verdaderamente el fuego á propósito para arder sobre el altar de la caridad.

Si tanta es para con todos los hombres la caridad de María, ¿cuál será para con aquellos que desprendidos del mundo no se engolfan en las culpas, y están persuadidos de que solo podrán gozar el reposo, la salud y la paz en unión con el Criador? ¿Y qué podría yo deciros, amados hermanos, de la solicitud de María para con aque-

llas almas, que arden en amor del Padre celestial, para con aquellos corazones adornados con la cándida estola de la inocencia, ó lavada por el arrepentimiento? ¡Ah! solo aquellos que la experimentan, podrían hablarnos, cuál conviene, de tan ardiente caridad: solo aquellos que tocan sus efectos, podrían ser sus panegiristas.

Siendo así, acudamos hermanos míos, á esta Señora, que puede con su patrocinio remediar nuestras miserias en esta peregrinacion terrena, mantenernos firmes para no perecer entre los numerosos escollos con que tropezamos en nuestro camino; recurramos á esta Bienhechora, que nos vigoriza con sus balsámicas gracias, nos asiste, nos fortifica y nos ofrece nuevos alientos para no desistir de la empresa hácia la cual dimos los primeros pasos; confiemos en esta Madre, que á cuantos peregrinamos por la tierra puede elevarnos hácia la region de la fé, de la esperanza y del amor, y despues de nuestra muerte hacernos subir al Paraíso.

NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN.

DISCURSO I.

Caput tuum sicut Carmelus.
Es tu cabeza como el Carmelo.
(CANT. VII, 5.)

Cuantas veces el sagrado amante de los místicos epitalamios trata de describir la belleza de la carísima Sulamite, otras tantas emplea semejanzas y comparaciones. Sus ojos son como de palomas, sus mejillas como cacho ó roja corteza de granada, sus lábios como cinta de escarlata, su cuello como la torre de David, sus dos pechos como dos gamitos mellizos, que están paciendo entre blancas azucenas; sus dientes como hatos de ovejas trasquiladas, acabadas de lavar; las articulaciones de sus rodillas como collar de perlas fabricado por hábiles manos. Del mismo modo, hablando de la cabeza, la parangona al Carmelo, queriendo significar, que así como el Carmelo se eleva sobre los montes que le rodean, así su amada se eleva sobre las demás mujeres: *Caput tuum sicut Carmelus.*

Si la mayor parte de aquel inspirado cántico, segun han dicho los Padres de la Iglesia, debe entenderse de María, y si la fiesta que hoy celebramos, mira precisamente á María con el título del Cármén, creo no equivocarme si afirmo, que así como el Carmelo indicaba la preeminencia de la sagrada enamorada sobre todas las mujeres, también la fiesta del Cármén, á excepcion de las propias de los gloriosos misterios de la candorosa Virgen de Nazareth, es la más bella de todas las demás fiestas. En verdad, descubro en ella tal antigüedad de origen, tal nobleza de cuna, tal copia de privilegios y tan grande afluencia de pueblo, que podemos afirmar muy bien, que no existe ninguna otra que la supere ni la iguale.

Por cuyas razones, llamado hoy, hermanos míos, á hablaros de